

Los Libros

BRUNO TRAVEN (?), NOVELISTA DESCONOCIDO

*A Gabriel del Mazo, en justo
reconocimiento por esta revelación.*

En el preámbulo de *«La rebelión de los colgados»*, por «B. Traven» (ediciones «Insignia», México, 1938), el traductor, Pedro Geoffroy Rivas—joven e impetuoso poeta salvadoreño, admirador de Neruda, a quien se refiere Hugo Lindo en su *«Panorama de la Literatura Salvadoreña»* («Atenea», Chile, N.º 74, pág. 384)—, dirige una especie de prólogo o carta abierta al autor, en donde dice: «B. Traven: Hace algunos meses escribí a usted por medio de la casa A. Knopf Inc. de Nueva York, solicitando su autorización para traducir *«La rebelión de los colgados»*. Ignoro si mi carta llegó a su poder. Lo cierto es que no recibí contestación. Por otra parte, supe que una persona que se dirigió a usted en carta pública, recibió una respuesta impublicable, plagada de injurias y de conceptos incomprensibles. No he querido creer que tal respuesta proviniese de usted. Por lo menos, estoy completamente seguro de que la tal misiva no pudo ser escrita por el B. Traven de *«La rebelión de los colgados»*. Sería completamente absurdo. El B. Traven de la carta dice que considera un robo el que se trate de publicar sus libros sin su previo consentimiento, aun cuando se le aseguren sus derechos de autor. Agrega que no cree necesario que sus obras se conoz-

can en México, que el proletariado mexicano tiene otras tareas más urgentes que las de ponerse a leer novelas».

A continuación, el señor Geoffroy se lamenta de que «es un crimen que no se hayan traducido y publicado en el país *«El tesoro de la Sierra Madre»*, *«Los algodoueros»*, *«El país de la primavera»* y tantos otros libros en que usted ha descrito las luchas de este pueblo por su libertad, sus sufrimientos sus anhelos, su martirio y su esperanza».

En la edición bonaerense de *«Un puente en la selva»* (Ediciones Ymán, 1936), el traductor, don Alfredo Cahn, indica:

«Entre los escritos que fueron puestos por la barbarie hitleriana en la lista de los libros prohibidos y públicamente quemados por un populacho intelectual, se encuentran las obras de Bruno Traven. . . Traven es el poeta de la revolución social en su más vasto sentido, un suscitador y estimulador de las grandes luchas de la época, un anunciador del porvenir próximo... ¿Quién es Traven? Nadie lo sabe. No molesta al mundo con sus asuntos personales. Se sabe sólo que es un alemán que ha debido salir de su país, que vive en algún lugar de México y elude medrosamente ser presentado a sus contemporáneos. Cuando hace algunos años la Guilda del libro Gutenberg, en cuya editorial aparecieron las primeras obras de Traven, quiso editar en un catálogo de los libros publicados breves biografías de los autores, se dirigió también a Traven, para que éste comunicara a sus lectores algo sobre su persona. La respuesta del poeta fué breve y clara. Dijo que no tenía ningún interés en que el mundo se preocupase de sus azares en la vida y de sus costumbres personales. Las relaciones con sus semejantes las mantiene sólo por sus obras, en las que cada cual puede formarse una idea de su persona».

Poco agrega a esto Oscar Cerruto, el agudo escritor boliviano, prologuista de la edición también bonaerense de *«El barco de los muertos»* (Ediciones «Imán», Buenos Aires, 1936):

«Se presume—dice—que el nombre de «B. Traven», que aparece en la tapa de sus libros, sea supuesto. El novelista y su verdadera personalidad permanecen desconocidos. Cuesta ubicarlo. Alguien cree que vive en un punto ignorado de México, en la selva, en sus montañas, en el fondo de algún valle tropical del territorio. Por lo menos, así lo dan a entender ciertas señas que figuran en una de las ediciones holandesas y que pertenecerían a su apoderado un licenciado de Tamaulipas».

Una carta de México me sugiere que, probablemente, «Traven» vive todavía en ese país y sea empleado de alguna compañía extranjera. Se ha llegado a suponer, por el desdén que manifiesta en cuanto a la versión castellana de sus obras, que tiene poco aliciente económico al respecto, y, por tanto, disfruta de cierta holgura, lo que haría pensar en la posibilidad de ubicarlo entre las personas de cierta posición y que el nombre literario de «Traven» sea un simple seudónimo, tras el cual se ocultaría un alto funcionario extranjero. También se lo comprende cómo algún agitador sin partido.

Como quiera que sea, nos hallamos ante un novelista hecho y derecho, eximio conocedor del ambiente mexicano, del mundo de marineros y contrabandistas, viajero experto, que ha saboreado a conciencia la esencia de países como Holanda, Bélgica, Francia, España y, naturalmente, Alemania, en cuyo idioma publica las ediciones originales de sus libros.

Parece que el editor en Alemán—residente en Holanda—se niega a dar detalles sobre su autor. Y hasta se asegura que «Traven» es hombre incapacitado de vivir bajo el régimen nacional socialista en su supuesta patria. De todos modos, si no sobre la persona, tenemos certidumbre acerca del estilo y los temas. Se trata de un escritor social en el noble y profundo sentido de la palabra, con tendencias anarquistas, libertarias, hondamente versado en los problemas que confronta: los trabajadores.

* * *

«Traven» (?) ha publicado hasta ahora, por lo menos, los siguientes libros: «La rebelión de los colgados», «El tesoro de la Sierra Madre» (Der Schatz in der Sierra Madre), «El barco de los muertos» (Das Totenschiff), «El país de la primavera» (Der Land der Fuhling), «Un puente en la selva» (Die Brucke im Dschungel), «Los algodoueros», (Der Wohblu), «La rosa blanca» (Die weise Rose), «El régimen» (Regierung) y «El carretón» (Der Karren). Alfredo Cahn—que es también traductor de Stefan Zweig—señala algunos relatos de «Traven», tales como: «Entre las zarzas» (Im Busch), «La bomba» (Die bombe), «El honor de la familia» (Familienehre), «El Dios» (Der Gott), «Los dientes» (Die Zahne).

De este caudal se han vertido al castellano tres obras: «La rebelión de los colgados», «Un puente en la selva» y «El barco de los muertos» (al menos de los que yo sé). «El país de la primavera» es una obra densa, que retrata a México en sus aspectos sociales e históricos, siempre dentro del módulo característico, entre panfletario y poético, singular en «Traven». «El tesoro de la Sierra Madre» y «El régimen» también abordan temas mexicanos y, por tanto, de Indoamérica.

Quisiera ofrecer a quienes no las conocen, una idea aproximada de su originalidad y su vigor. Apelaré al viejo sistema de contar un cuento. O tres cuentos, como lo requiera el caso.

* * *

«Un puente en la selva» es una novela de valores especialmente psicológicos y técnicos, a diferencia de «La rebelión de los colgados», que se destaca por sus aspectos social e histórico. La trama posee una simplicidad ejemplar. Su símbolo penetra al lector como el más profundo de los razonamientos. Y más toda-

vía. Leyéndolo recordé algunos relatos cimeros que no he podido olvidar a través de años, andanzas y libros. Me hizo evocar «*Diente roto*», de Pedro Emilio Coll; «*Pan de Guatemala*», de Manuel Beimgolea; «*Los canastos*», de Clemente Palma, para no hablar sino de cuentos indoamericanos. Cuentos en que basta un mero detalle para definir toda una vida. En que el destino pende de un hilito sutil, de un episodio imperceptible, de un acaecimiento—cosa distinta de un suceso—a primera vista superficial, pero, luego, definidor.

Un joven mexicano, llamado Manuel, que ha trabajado rudamente entre ambiente yanquizado, vuelve a su hogar en la jungla. Encuentra—y así rompe a andar el libro—en el umbral de la selva a un desconocido, Sleigh, que le despoja momentáneamente de su pistola, pero no le roba, limitándose a precaverse contra el posible ataque de uno que no sabe si es caminante o salteador.

Manuel llega a su casa, donde tiene un hermano menor, Carlos. De regalo le lleva un par de zapatos, emblema de la civilización.

Cerca de la casa, paso obligado a la otra banda, hay un puente hecho de troncos, liso, angosto, transitable sólo para baquianos. Celebrando el regreso de Manuel se realiza una reunión. Para ir a ella hay que cruzar el puente.

Alguien oye de pronto un chapoteo, rumor de algo que cae al río. Pueden más el alcohol, la carcajada, el canto. Pero, el pequeño Carlos no llega. Pasan los minutos, crece la zozobra, maniobra la fantasía, tejen sus hilos las noticias falsas, llueven los testimonios inexactos. Y, de pronto, se hace carne la angustia: Carlos ha debido caer al agua. Larga busca, conversaciones, presagios del más hondo sabor mexicano, hasta que hallan el cadáver del chicuelo. Contraído, trágico, y tierno: tierno porque el cuerpecito para siempre quieto lleva consigo los zapatos que trajo el hermano a la jungla desde la civilización. Por vez pri-

mera—y última—fracasó Carlos al cruzar el puente, inhábil para andar con zapatos, inadaptable al progreso.

Pero, esta trama tan sencilla, buena para un relato o un cuento, crece porque «*Traven*» conoce el corazón humano y la escena mexicana, y nos conduce morosamente, haciéndose ver cada reacción individual, cada paso que avanza la tragedia, a lo largo de un puñado de páginas presididas por la fatalidad y el estoicismo, característico del indio, es decir, del oprimido en todas las latitudes de la tierra.

* * *

Otros son el acento, la topografía, el espíritu de «*La rebelión de los colgados*». También referiré su trama.

Transcurre en el México patriarcal—lumbre y rencor poderoso—de don Porfirio. El indio chamula Cándido lleva en parihuelas, hasta el pueblo, a su mujer que agoniza de dolor. «Apendicitis», sentencia el único galeno de la aldea, y añade: «Ciento cincuenta pesos». El indio no los tiene. «Pues, morirá tu mujer». El chamula urge su imaginación inútilmente. Pero, ahí está don Gabriel, devoto y ladino, que le ofrece los doscientos pesos... Cándido se niega porque sabe que lo engancharán para el cafetal. —Pero, no, indio, será para la montería, donde se vive más libre, con contrato fijo, derribando árboles de caoba. El chamula tiene dos hijos. Acepta, más su mujer ha muerto. Cuando quiere devolver el dinero del anticipo, don Gabriel arguye con el contrato en la mano y el juez al flanco. Cándido sale, con sus hijos y su cerdo, rumbo a la montería. En el camino se le une Modesta, su hermana, dispuesta a ayudarle. Son días espantosos los de la marcha; peores los del trabajo. Los amos, los feroces Montellanos, señalan a cada leñatero en el contrato dos toneladas de corte diario: en la realidad exigen tres y a veces cuatro toneladas diarias por hombre. Vano será todo empeño por cumplir la tarea fijada. Y ¡ay del que no la realiza! Al atar-

decer le colgarán a la intemperie, expuesto a las feroces picaduras de los insectos que les hinchan la cara, a la mordedura de las hormigas rojas que se les meten por los ojos, por las narices, por las orejas . . . A veces aparecen veinte colgados. En ocasiones se les unta con miel. Al día siguiente, el colgado mueve su hacha como con vértigo, temeroso de volver a sufrir el castigo. Durante semanas, rendirá más que antes.

Pero, todo tiene su término. Por de pronto, la indignación organiza la fuga de dos leñadores, que termina en el asesinato de uno de los capataces y uno de los fugitivos. Luego, el mayor de los Montellanos cae asesinado. Uno de sus hermanos le hereda parcela y concubina.

Se dividen los peones en dos zonas. La travesía del río es fatal para Cándido: en ella pierde a un hijo. Al otro lado espera a su hermana el acecho lascivo de uno de los amos: Modesta escapa y promueve la insurrección, porque, naturalmente, el amor anda suelto también entre esos infelices, y uno de ellos vivía pendiente del andar, el respirar y el hablar de la indiecita.

Caen uno tras otro: los Montellanos, los capataces, los almaceneros, ante el terrible levantamiento. Es la rebelión de los colgados. Se forma un ejército de leñadores. Cruzan la manigua, dejando en el trayecto decenas de muertos. Cuando arriben a un pueblo y se posesionen de él, quemarán los archivos porque—según dice el maestro, que ha dirigido el alzamiento—mientras haya títulos y papeles, el derecho de propiedad se podrá restaurar fácilmente. El ejército de desarrapados sigue avanzando. No detenerse es la consigna, porque hacerlo será crear un orden como el de ayer, mera sustitución de propietarios, de amos, sin una convulsión profunda. Siguen andando. Cuatrocientos deshechos humanos, y sesenta oficiales entre ellos, con escasas pistolas y escopetas. Eso no obsta para que, sudamericanamente, todavía se realicen algunos ascensos más.

«Traven» demuestra en este libro conocer bien al pueblo mexicano y la teoría revolucionaria, bien que mirada ésta desde

un ángulo marcadamente anarquista. La demagogia de ciertos parlamentos se atenúa y se borra ante el verismo de las escenas de apaleos y colgamientos, y ante la fiera majestad de la rebelión en marcha.

Es un libro tónico, áspero, viril. Más ahondador de lo indio que cualquiera de nuestros indigenistas, «*Traven*» no le tiene miedo al público. Ni al porvenir. Con lo cual se diferencia de la mayor parte de nuestros escritores, atenedos al consenso del empleador, ya que él es generalmente empleado.

* * *

El tercer libro de «*Traven*» vertido al castellano, que yo conozco, es «*El barco de los muertos*». No ocurre su anécdota e América, como los anteriores. Su escenario es el mundo, o sea el alma de su protagonista.

Un marinero yanqui desembarca en Amberes, bebe, se enreda en la noche con una mujer y pierde el barco. En su equipaje se ha ido también su personalidad, representada por su carnet de identidad y su tarjeta de marinero. En adelante no será persona aunque le vean, hable y ande; al menos es la teoría de los cónsules norteamericanos que podría sintetizarse en pocas palabras: Yo lo veo a usted, pero como no tiene documentos debo declarar que mis ojos se engañan y que usted no existe. Las autoridades holandesas le ponen en la frontera belga, de noche, para que pase al vecino país, aconsejándole que no vuelva porque sufriría terribles sanciones. Las belgas, cuando le capturan, le dicen igual cosa con respecto a las holandesas. Finalmente llega a Francia, en donde vive sacando el cuerpo a la ley, hasta que en la frontera española—ya le creen alemán fugitivo—lo aprehende una guarnición militar francesa y, a punto de ser ejecutado como espía, se salva por su violenta negativa a regresar a su supuesta patria, Alemania. En la prisión militar conoce las excelencias de la cocina francesa, tal como antes logró avalorar el irónico valor

de los 14 puntos wilsonianos en el rencor permanente y unánime de los franceses para con los yanquis, sus aliados del 17. El ex-marinero ingresa a España y, por primera vez, conoce un país donde nadie le pide documentos y halla una ancha hospitalidad. Cada día le proporciona una enseñanza, nutrida de amargura, sin embargo. Hasta que, al fin, un buque raro, más que le recibe, le iza y zarpa con él a bordo. En seguida comprende que se trata de un «barco de los muertos», en donde todos tienen algo que ocultar, buque dedicado al contrabando de armas con la costa occidental africana, algo así como un retazo de la legión extranjera mecido por el mar.

Hasta allí la anécdota del libro. «*Traven*» no se limita a ella. Su obra contiene elementos de una riqueza sorprendente: 1.º crítica estética y humana del sistema social vigente, sobre todo en cuanto a la desconfianza y agresividad internacionales; 2.º burla del sistema burocrático norteamericano (y del mundo) reflejado en sus cónsules (sometidos a una especie de neonominalismo) en la hipocresía policial; 3.º refrendación de cierta fraternidad en lo más hondo del hombre, mayor cuando es más humilde; 4.º dominio del monólogo interior, peripecia joyciana en la que, sin embargo, se mantiene exento de delicuescencias estetistas; 5.º conocimiento de la geografía aparente y profunda de Holanda, belgica, Francia, España, Estados Unidos y Africa costera; 6.º vitalidad e inconformismo occidental

* * *

Nos hallamos pues, ante un escritor desconcertante, no ya por su misterio personal cuanto por su garra, y, para nosotros, además por su identificación con lo indoamericano. En pleno siglo XX «*Traven*» ha conseguido lo que no parecía posible en estos días; esquivar la curiosidad de periodistas y lectores voraces. Como a Homero más que a Homero, no siete ciudades sino toda la rosa náutica de las conjeturas se disputa su natali-

cio. Con su Patria de cualquier parte ha clavado en México su angustia. Y es tal su profundidad, su desgarramiento y su pericia, que cuando se desenmascare esta incógnita, no amenguará en forma alguna la atracción de sus novelas, que dejo así enumeradas y apenas descritas. Estas líneas, lejos de ser un estudio sobre el desconocido «*Traven*», son apenas una invitación cordial a adentrarse en su obra y a respetar su secreto.—LUIS ALBERTO SÁNCHEZ.

■

PORVENIR DE DIAMANTE. Poemas de Omar Cerda

La Sociedad de Escritores de Chile convocó en 1939 a un concurso a los poetas que no han publicado todavía su primer libro, y nombró como miembros del Jurado a Jerónimo Lagos Lisboa, Olga Acevedo y Angel Cruchaga Santa María.

Entre los sesenta y tres escritores que concurren al llamado de la Sociedad, los poetas que componían el Jurado resolvieron, unánimemente, conceder el premio a «*Porvenir de diamante*», de Omar Cerda.

Sin conocer la obra de los otros concursantes, nos parece que los originales premiados demuestran el acierto de los tres poetas que hicieron de jueces. Y estimamos oportuno hacer ver la necesidad de que cada vez que haya que fallar sobre el mérito de obras poéticas, esta misión sea encomendada a verdaderos poetas, y no a personas de buena voluntad, sin solvencia literaria para estos menesteres, o a prosistas que desconocen los atributos de la verdadera poesía.

Omar Cerda había publicado algunos poemas en diarios y revistas santiaguinas, y era notorio que tenía la pasta de un lírico en formación. En nuestro reducido ambiente literario, no muy abierto siempre para acoger a los que se inician, sus escasos poemas habían conseguido el elogio entusiasmado de algunos escri-